
LA CRISIS DE LA IZQUIERDA

Vicent Garcés

análisis y debate



5

Algunas consideraciones teóricas

«El socialismo ha muerto. La palabra está en todas partes, en los programas electorales, en el nombre de partidos y hasta de Estados, pero es un nombre vacío de contenido.»

Así se expresa el sociólogo francés Alain Touraine en su obra *El post-socialismo*. Touraine trata de demostrar que la ideología socialista aprisiona la idea de lucha de clases identificándola con la forma que ésta ha tomado en la sociedad industrial. El socialismo habría sido la teoría del movimiento obrero y éste, en la nueva sociedad posindustrial en la que vivimos, ya no representaría a los nuevos movimientos sociales. «El siglo del socialismo ha terminado; el decenio de la contra-cultura también. Ahora hace falta ocuparse de lo esencial, de la formación de nuevos movimientos sociales que atacan la tecnocracia, nueva clase di-

rigente, y proponen otro modo de utilización social del conocimiento, que constituye la principal fuerza de producción. La grandeza del movimiento de Mayo consiste en haber percibido por primera vez el nuevo campo de batalla y haber librado los primeros combates, aún si desarrollaba al mismo tiempo batallas de retaguardia. Los antinucleares son los herederos directos de Mayo 68; el movimiento feminista y los movimientos regionales o nacionales llevan también en su interior esa lucha antitecnocrática que define el nuevo movimiento social». Para Touraine, así como para muchos otros intelectuales y dirigentes políticos, el desarrollo del modo de producción capitalista hasta alcanzar los niveles de la actual revolución científico-técnica implica la desaparición del motor social del cambio que era, según esta hipótesis, la clase obrera industrial. Y en esa misma medida, el socialismo como proyecto de sociedad emancipada se desvanece para ser sustituido por otras perspectivas, imprecisas hoy por hoy, pero en todo caso no anticapitalistas, puesto que este mismo sistema habría sido superado, o estaría en trance de serlo, por la fuerza de las nuevas tecnologías incorporadas al sistema de producción dominante a escala mundial.

De la capacidad o no para entender y asimilar el fenómeno descrito se deriva una parte importante de la crisis de la izquierda, según estos pensadores.

Para otros analistas, la crisis del pensamiento de izquierda se deriva de la crisis del marxismo inducida por la crisis del movimiento obrero. Durante los últimos veinte años se habría roto el hilo conductor existente entre desarrollo de las fuerzas productivas y desarrollo de las contradicciones de clase. Esto no significa que las contradicciones internas del capitalismo hayan desaparecido. Todo lo contrario, jamás esas contradicciones han sido más espectaculares.

Pero el capitalismo habría aprendido a dominar la no-solución de sus problemas. Problemas que serán insolubles en tanto en cuanto el modo, las fuerzas y las relaciones de producción no hayan cambiado de naturaleza.

Y aquí se encontraría el problema de fondo de la crisis del marxismo. Para André Gorz, en su obra *Adios al proletariado*, el desarrollo de las fuerzas productivas no ha engendrado la base material del socialismo. Según Gorz, «el desarrollo del capitalismo ha producido una clase obrera que, en su mayoría, no es capaz de adueñarse de los medios de producción y, en consecuencia, los intereses directamente conscientes no concuerdan con una racionalidad socialista». Es decir, el capitalismo habría hecho nacer una clase obrera cuyos intereses, capacidades y cualificaciones están en función de las fuerzas productivas, siendo estas últimas funcionales únicamente respecto a la racionalidad capitalista. En consecuencia, concluye Gorz, «la superación del capitalismo, su negación en nombre de una racionalidad diferente, no puede provenir sino de capas que representen o prefiguren la disolución de todas las clases, incluida la propia clase obrera». Según este razonamiento, al desaparecer el obrero profesional polivalente como posible sujeto de un trabajo productivo, y, en esa medida, sujeto posible de la transformación revolucionaria de las relaciones sociales, habría desaparecido también la clase capaz de realizar el proyecto socialista en la práctica de las cosas. En el límite de su análisis, André Gorz afirma que «ya no se trata de saber hacia dónde vamos ni de coincidir con las leyes inmanentes del desarrollo histórico. No vamos a ninguna parte. La Historia no tiene sentido. No hay nada que esperar de ella y tampoco hay nada que sacrificarle... A partir de este instante, se trata al contrario de saber lo que deseamos nosotros. La lógica del Capital nos ha conducido a la frontera de la liberación. Pero esa frontera no será franqueada más que por una

ruptura que reemplace la racionalidad productivista por una racionalidad diferente. Y esa ruptura no puede venir más que de los propios individuos. El reino de la libertad nunca será el resultado de procesos materiales: sólo puede ser instaurado por el acto fundacional de la libertad que, reivindicándose como subjetividad absoluta, se constituye ella misma como fin supremo en cada individuo. Sólo la no-clase de los no-productores es capaz de este acto fundacional; pues sólo ella encarna a la vez el más allá del productivismo, el rechazo de la ética de la acumulación y la disolución de todas las clases.»

En última instancia, tanto Touraine como Gorz expresan la misma preocupación. El uno habla del postsocialismo, el otro de ir más allá del socialismo.

Ambos comparten la imposibilidad de realizar el socialismo en Europa a partir de la desaparición o transformación del sujeto revolucionario capaz de superar el modo de producción capitalista y construir el socialismo: la clase obrera. Y entendiendo ésta como el conjunto de trabajadores de la industria clásica, o como el proletariado en el sentido tradicional, decimonónico, del término.

En realidad por esta vía no vamos a ninguna parte. Todo el siglo XX, e incluso la segunda mitad del XIX, está recorrido por la tensión dialéctica, teórica y práctica, entre el proyecto socialista entendido como transformación radical, superación del modo de producción capitalista, y el proyecto socialista entendido como desarrollo progresivo del sistema económico social dominante en cada etapa de la evolución de la sociedad.

Touraine, Gorz y tantos otros resuelven esta tensión en la Europa de nuestros días mediante la negación del sujeto, pretendidamente único, de la revolución socialista: la clase obrera industrial, el proletariado. Esta reducción simplista del pensamiento socialista en cuanto a los agentes transformadores de la sociedad capitalista contemporánea va acompañada, naturalmente, de la imposibilidad de negar la existencia de fuertes conflictos económicos, políticos, culturales y sociales en las sociedades industrializadas o de capitalismo avanzado. Conflictos en el interior de cada país y también entre ellos y en relación con la potencia hegemónica capitalista. Estos conflictos, producto de las nuevas contradicciones generadas por el sistema en su evolución, estarían vehiculizados por los nuevos movimientos sociales o por la clase de los no-productores, en una nueva perspectiva postsocialista o más allá del socialismo. En Europa occidental, de esta manera, habríamos pasado de la sociedad capitalista objeto de análisis y de acción del movimiento obrero desde sus orígenes en la perspectiva del socialismo, a una nueva sociedad, la de la revolución científico-técnica, que ya no exigiría la transformación socialista para superar los fundamentos de irracionalidad, injusticia social, explotación y violencia que son propios del modo de producción capitalista en su lógica interna, nacional e internacional.

La crisis del pensamiento y la práctica de la izquierda europea —y española, por tanto— reflejaría la ya prolongada incapacidad de una parte de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero para asimilar esta nueva realidad emergente. Frente a otra parte que habiendo asumido ya esta nueva realidad, se esfuerza en encontrar las nuevas soluciones. Soluciones éstas que, desde luego, nada tienen que ver con los objetivos y medios para conseguirlos que el pensamiento y la práctica socialista clásico, y contemporáneo, han diseñado o tratan de diseñar.

Roberto Dorado, en el este año celebrado «III Encuentro sobre el futuro del socialismo», formula como objetivo básico del socialismo el siguiente: «La permanente profundización de la democracia, junto con la mayor libertad humana (tanto en su vertiente existencial como en lo que se refiere al dominio de la naturaleza) con un mayor bienestar.»

Este objetivo básico, así formulado, difícilmente sería negado por cualquier escuela moderna de pensamiento. Incluso, en abstracto, puede ser asumido por el propio pensamiento de derechas. Y más aún, si se concreta, tal y como hace Dorado en la negación de las nacionalizaciones como objetivo («hoy a lo sumo serían un instrumento estratégico, cuya utilización depende de las necesidades de la situación concreta y de los efectos que produzcan en cada caso»), y la afirmación de la democracia representativa como un fin en sí mismo («un objetivo permanente, que se justifica por sí mismo»).

A esta situación, límite por sus alcances, lleva el intento analítico de reducir el pensamiento y la práctica socialista a un esquema, a un dogma, a una receta, que la historia y el desarrollo del capitalismo habrían negado. Cuando nada más lejos del pensamiento socialista que la inmovilidad, la simplificación, el dogma o la receta. Todo el esfuerzo del pensamiento socialista europeo de nuestra época se ha centrado, con mayor o menor éxito —tal como corresponde a la envergadura del desafío—, en encontrar las respuestas adecuadas, sin duda complejas, a los graves problemas que plantea a la humanidad en nuestros días el desarrollo del capitalismo y su dialéctica de confrontación con los llamados «Tercer Mundo» y «bloque socialista».

No es fácil ofrecer respuestas estereotipadas, desde la perspectiva de nuestros días, a preguntas como: ¿es posible y necesaria la vía democrática al socialismo?, ¿es posible y necesaria la desaparición de los bloques político-militares en el mundo de hoy?, ¿es posible y necesaria la construcción de una Europa socialista, no enfrentada al actual «bloque socialista» y no dominada por los EE.UU.?, ¿es posible y necesario enfrentar la crisis económica que vive hoy España, dentro de la crisis mundial, en la perspectiva de crear condiciones para la construcción de una sociedad socialista y no para todo lo contrario?

Pero seguro que estas preguntas no tienen sino una respuesta negativa si se acepta la línea analítica de los que argumentan que el socialismo ha muerto, o dicho de otra manera, que el objetivo del socialismo es la profundización de la democracia, la libertad y el bienestar sin afirmar, simultáneamente, las mediaciones instrumentales y los contenidos concretos de ese objetivo y, en cambio, negar los medios para alcanzarlo.

Alfonso Guerra planteaba hace un año las siguientes preguntas y respuestas: ¿cómo podemos actuar para avanzar hacia una situación —fuere cual fuere— en donde se garanticen los principios y los valores democráticos que han hecho posible la libertad, una cierta igualdad y una cierta dignidad humana? ¿Qué hacer para conseguirlo ante tantas perspectivas plenas de cambios y de interrogantes? ¿Qué hacer? Mi respuesta concreta, concretísima es: no lo sé. Esta actitud, poéticamente tan rica como la expresada por Dorado citando a Rilke, «creo en todo lo nunca dicho aún», no nos debe conducir a la aceptación de lo existente como lo menos malo, y en esa medida a la negación de la perspectiva socialista de transformación de la sociedad.

A finales del siglo XX y en el contexto europeo, ninguna dirección de una organización política socialista puede actuar en base a la existencia de *un modelo* de sociedad socialista hacia el que se debería avanzar por un camino ya recorrido por otros pueblos. Esta constatación no afirma la imposibilidad de avanzar hacia el socialismo, entendiendo éste como el estadio de desarrollo de la sociedad que permite el progreso de la humanidad en condiciones de libertad, justicia e igualdad.

Roberto Dorado sugiere que «hay que proceder a una depuración de los elementos ideológicos con los que hasta ahora nos hemos desenvuelto y retirar de la circulación aquellos que se han demostrado erróneos o que han sido superados». Afirmación en la que todos podemos coincidir, pero que difícilmente se puede compartir cuando a continuación se señala: «a) se parte de un modelo cerrado y finalista como consecuencia de una cosmovisión, probablemente derivada de un concepto judeo-cristiano; b) se conciben las relaciones sociales de forma estática, y c) de lo anterior deriva un modelo de roles sociales estáticos».

Primero se identifican elementos ideológicamente rechazables con una visión esquemática y reduccionista del proyecto socialista. Después se acepta el modo de producción existente como el menos malo y, por último, se practica una política neoliberal y perfectamente respetuosa con los poderes establecidos. Como resultado se obtiene la debilidad creciente del movimiento obrero y popular que observa, perplejo, cómo las organizaciones que deberían, teóricamente, sentar bases para el cambio social real y progresivo, se anquilosan, cuando no se fragmentan, en el seno de las instancias de gobierno que deberían servir no para desviar y frenar el impulso de cambio, sino para favorecerlo.

Desde los años 1917-21 los socialistas europeos vienen tratando de distanciarse de la práctica política y económica que se ha desarrollado en la URSS, primero, y después en la Europa oriental. Pero ello sin renunciar a la definición anticapitalista del socialismo. Desde mucho antes, desde el siglo pasado, en el seno del movimiento socialista se ha desarrollado una corriente de pensamiento que ha defendido como posible la construcción del socialismo por la vía democrática. Reducir el esfuerzo teórico-práctico de más de cien años de lucha por el socialismo en distintas partes del mundo a un simple esquema maniqueo a rechazar globalmente, para ser sustituido por el vacío aparente de la duda como método, pero en realidad vacío repleto de soluciones propias de organizaciones no socialistas, conduce a la frustración de grandes sectores de las fuerzas populares, a su debilitamiento como alternativa social y a su permanente división.

Nicos Poulantzas señalaba la necesidad de aceptar la idea de «una tensión estructural necesaria, a crear, entre partidos y movimientos sociales», y añadía: «es preciso acostumbrarse a pensar que pueden existir espacios de libertad para nuevos proyectos colectivos, para la expresión de nuevas subjetividades que escapan a la política, a ciertos límites de la política». Con esta idea Poulantzas sembraba la duda sobre el partido como instancia de la globalidad, e iniciaba el desarrollo de unos conceptos clave para el futuro del socialismo al afirmar que «ninguna clase por sí misma, en función de su propia naturaleza, no está destinada a garantizar las libertades si no existe un proyecto consciente que intervenga en ese sentido. Es preciso examinar sin mitos ni resistencias la estratificación, las divisiones internas de la clase obrera, su gran complejidad. Ella tiene necesidad de las instituciones democráticas no sólo para defenderse de sus «enemigos» sino para «defenderse de ella misma», en el momento en que ejerza el poder político. Com-

prender esto es capital para no subestimar el inmenso trabajo de inventiva necesario para elaborar una teoría política democrática de transición al socialismo».

Necesidad de elaborar una teoría política democrática de transición al socialismo. He aquí un nuevo factor de crisis de la izquierda europea que había congelado el camino al socialismo en la «dictadura del proletariado». Eurocomunistas y socialistas se encontraban con la misma necesidad, los primeros tras rechazar la dictadura del proletariado como estadio necesario de la transición al socialismo, y los segundos tras fracasar en la construcción de una sociedad no capitalista en los países europeos en los que los socialistas habían accedido al Gobierno.

Fernando Claudín, en *Eurocomunismo y socialismo*, afirmaba en 1977 que en los países capitalistas desarrollados la alternativa socialista a la crisis del capitalismo ha madurado objetivamente porque se dan dos condiciones básicas interdependientes que hacen posible la vía democrática: 1.º) la existencia de una gran mayoría de la población que está en condiciones de necesitar y comprender un proyecto de transformación socialista, y 2.º) un elevado nivel de socialización de la producción y de las necesidades humanas, que reclaman objetivamente gestión colectiva y planificación. Pero, añade Claudín, «estas dos poderosas condiciones objetivas no conducen automáticamente al socialismo. La salida socialista exige que la mayoría objetivamente interesada por el socialismo se transforme en mayoría subjetivamente dispuesta a luchar por su realización. Para lo cual no es suficiente, aunque sí necesario, que exprese su voluntad histórica, que las clases dominantes nunca se inclinarán voluntariamente ante él si implica un peligro real para sus posiciones. Son antidemocráticas por naturaleza. Por eso la mayoría electoral tiene que ser, al mismo tiempo, una fuerza orgánica y no atomizada. Un bloque sociopolítico organizado, estructurado, unido por un programa y una estrategia, capaz de la acción que en cada momento impongan las circunstancias».

El pensamiento político de la izquierda europea, según Poulantzas, debía incorporar otras dos condiciones para hacer posible la transición al socialismo: 1) la movilización de las masas organizadas automáticamente en relación con los partidos y sindicatos tradicionales, y actuando tanto dentro como fuera del aparato de Estado. El desarrollo de las luchas y de los movimientos sociales es una condición necesaria para modificar las relaciones de fuerza entre las clases, en la sociedad y en el Estado, y 2) que el movimiento de masas evite toda política de confrontación global con el Gobierno de izquierda.

La dificultad de los partidos de izquierda para poner en práctica esta dialéctica compleja entre movimiento de masas y poder de Estado, dialéctica que constituye la transición al socialismo en Europa occidental, es un factor más de crisis de las organizaciones y del pensamiento de la izquierda europea. En efecto, la vía político-institucional al socialismo reposa sobre fundamentos muy distintos, tiene una lógica de desarrollo diferente a la vía insurreccional o a la vía armada. Y, asimismo, tiene unas consecuencias políticas igualmente contrapuestas. Son varios los factores que, de forma acumulativa, requiere la vía político institucional al socialismo:

- 1) un nivel relativamente alto de desarrollo del modo capitalista de producción;
- 2) un movimiento obrero con alto nivel de unidad y cohesión interna;

3) la coalición en torno de la clase obrera de vastos sectores sociales populares, unidos por el interés común de construir un sistema socialista;

4) existencia de un sistema sociopolítico de elevada democratización interna, un régimen de amplias libertades, pluralista, garantizado por un Estado de Derecho con instituciones sólidas.

Analizar, comprender y practicar toda esta compleja serie de factores acumulativos que puede abrir la vía democrática al socialismo en la Europa de nuestros días es el compromiso, y la dificultad, de la izquierda europea y española. No es suficiente el acceso al Gobierno de un Presidente o un partido de izquierdas. Este solo factor, sin el apoyo de una amplia movilización de masas en torno a un programa orientado hacia un horizonte socialista, y sin el acuerdo de amplios sectores populares en torno a concretos objetivos políticos, sociales y económicos, no tiene otro destino más que el de gestionar el sistema tal cual es, en espera de la lógica alternancia política en el Gobierno.

Por otra parte, y enlazando con las tesis de Touraine y Gorz, expuestas inicialmente, es evidente que las condiciones señaladas como necesarias para avanzar hacia el socialismo en libertad, democracia y pluralismo se contraponen con la idea de que el socialismo ha muerto. En esta contraposición, expresada en términos de organización política, en términos de programa de acción y en términos de objetivos a alcanzar, se resume el factor fundamental de crisis en el pensamiento y en la acción de la izquierda europea en nuestros días. También intervienen otros factores que, para Jean Ziegler, explican el progresivo descalabro del movimiento obrero europeo. Son: 1) la inmensa riqueza acumulada en el centro del sistema capitalista mundial permite que las clases dominantes de los Estados industriales accedan a una posición de monopolio en casi todos los sectores económicos mundiales. Desde esta posición proceden a una acumulación cada vez más rápida de la plusvalía, sobre todo en los países del Tercer Mundo. Esta les permite ceder parte del botín acumulado a los trabajadores del centro. La sobreexplotación del Tercer Mundo comienza a ser de interés para todas las clases sociales metropolitanas. Se puede decir que gracias a la explotación de las materias primas y de los hombres del Tercer Mundo, no sólo el capital sino también los trabajadores europeos han accedido a un relativo bienestar; 2) la potencia económica de las clases dominantes de los Estados industriales ha permitido a esas clases aceptar una relativa democratización de los asuntos de Estado. Los trabajadores y sus familias han accedido a la Seguridad Social, a la cultura y a una fracción del poder político. Defendiendo el actual Estado, los trabajadores defienden su relativa seguridad, y 3) hasta 1960 los pueblos luchaban contra la dominación colonial, contra la ocupación extranjera de su territorio. El movimiento obrero europeo era solidario de esa lucha anticolonial. Hoy aquellos países son formalmente independientes y piden la abolición del monopolio de la tecnología, la revalorización de la relación de intercambio, la modificación de la actual división internacional del trabajo. Es decir, se exige la supresión voluntaria de un orden mundial que está en la base del bienestar de las sociedades desarrolladas.

La suma de tales factores hace que la solidaridad como elemento histórico vertebrador de la conciencia del movimiento obrero internacional, en la Europa de hoy, esté muy deteriorada en relación con las luchas de los pueblos del resto del mundo.